

que llevará á cabo, la Academia que preside sobre el Derecho industrial, que bien puede llamarse el Derecho moderno por antonomasia.

Así lo demuestra el señor Soldevila en su discurso, donde, despues de historiar el contrato de trabajo desde el Derecho romano hasta los tiempos actuales, pasando por la organizacion gremial de la Edad media y moderna, estudia su carácter en la evolucion social contemporánea con gran erudicion y sentido. El trabajo del señor Soldevila, eminentemente moderno, merece que se tome buena nota de él en nuestra literatura jurídica, que viene á enriquecer.

Espacioso piso principal, para alquilar por setenta duros al mes, en la Rambla de Cataluña, n.º 77.

El Dr. R. Roselló ha trasladado su consulta y dispensario á la calle de Mendizabal, 22, 1.º

Pianos de todas clases.—Unica casa en España que fabrica
Pianos con Clavijero Metálico,
por poseer Patente de invencion, Font y Casademunt, S. en C., Obispo, 8.

GRAN SURTIDO de objetos PARA REGALOS y cajas de lujo para bodas y bautizos.—Moya, Claris, 32 y 34.

Sombrillas En-tout-cas, Paraguas, Abanicos de verdadera novedad y economía en esta fábrica. El Louvre, 5, Archs, 5.

ELECTROMOTORES, LÁMPARAS Y MATERIAL ELÉCTRICO, ENSAYADOS.

UBACH H. OS Y CAMPDERÁ.

BAJADA SAN MIGUEL, 1, Y AVIÑO, 9.

* Para Sevilla, con escalas en Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz y Huelva.—Saldrá de este puerto, el día 1.º, á las diez de la mañana, el vapor español «Ciervana», capitán D. José Garcia, admitiendo carga y pasajeros para dichos puntos.

Consignatarios Sres. Busanya y C.ª, Plaza Medinaceli, 1, bajos.

* Para Sevilla, con escalas en Valencia, Málaga y Cádiz.—Saldrá de este puerto, el día 1.º de mayo, á las diez de la mañana, admitiendo carga y pasaje, el vapor «García de Vinuesa», capitán D. Emilio Muñoz.

Consignatario D. Santos Palomo, Paseo Colón, 6, bajos.

LA OPINION AMERICANA.

La natural precipitacion con que se informa, se redacta y se lee la prensa diaria, convierte á ésta en eco esclusivo de los que mueven mas ruido, y comunica al público una impresion de brocha gorda que muchas veces es, no solamente un reflejo incompleto de la realidad, sino una mistificacion absoluta de ella.

Así ha sucedido con la actitud que se atribuye á los políticos y al pueblo de los Estados Unidos respecto á la guerra con España. A fuerza de transmitirnos las agencias telegráficas los discursos mas insolentes de los diputados y senadores de Washington, las escenas mas bullangueras del populacho de Nueva York y las extravagancias mas ridiculas de algunos individuos desequilibrados, porque tales cosas eran las que por lo extraordinarias llamaban mas naturalmente la atencion, hemos acabado por creer que el Senado y el Congreso en colectividad, el pueblo y todas las clases sociales en masa, y cada yankee individualmente, estaban ardiendo en deseos de pelear con España dispuestos á sacrificar vidas y haciendas en una especie de guerra santa.

Nada mas lejos de la verdad. Leyendo con calma periódicos poco leídos ó las secciones que el lector apasionado suele pasar por alto en los que lo son mas, nos hemos convencido de que la opinion americana en su representacion mas estensa, mas sólida y mas sensata nunca quiso la guerra; de que la nacion ha sido arrastrada precipitadamente á ella á pesar suyo por una de esas corrientes ficticias constituidas por los elementos de desorden á cuya merced se encuentran en momentos dados los países de gobierno popular; y de que al verse súbitamente con la guerra encima han reaccionado fuertemente contra ella los elementos sanos y verdaderamente nacionales, la gente que piensa y que trabaja y que tiene algo que perder, la cual, como no pasea banderas por las calles ni grita insolencias ni ahorca á nadie siquiera en efigie, parece que no existe; y aunque en la vida de una nacion cuenta por mucho, cuenta por todo, en las secciones telegráficas de los diarios no cuenta por nada.

«Si los perturbadores de la paz—decia la importante revista industrial *Leather Reporter*, de Nueva York, el 31 de marzo último—fueran solamente los senadores, la cosa no ofrecería peligro alguno, pues ya de muchos años se les ha tolerado que abusaran de la paciencia pública en una ú otra forma, sin que nunca se haya atribuido gran importancia á sus palabras. Pero eso del heroísmo es contagioso, y no sabemos lo que pueda ocurrir en la otra Cámara, cuyos miembros se han conducido hasta ahora con plausible moderacion: al fin y al cabo son políticos, las elecciones se acercan, es natural que á la mayor parte de ellos les guste ser reelegidos, y en estas circunstancias es muy tentador un *record* de patriotismo y el querer demostrarlo hablando mucho del país y de la bandera.... Verdad es que hay una gran diferencia entre incitar á los demás á la lucha y el ir á pelear uno mismo, y que á los que ahora mas vociferan en pro de la guerra no será fácil encontrarles, si llega el caso, en los campos de batalla; pero en las multitudes la facultad de razonar no llega á tanto que pueda medir la distancia que va de los oradores que luchan con la lengua á los soldados que pelean con las armas en la mano.»

Pues bien, aun en este mismo Senado que, por lo que se ve, goza en los Estados Unidos estraña fama y escasa consideracion, durante la tempestuosa y decisiva sesion del 16 del corriente, despues de haber algunos senadores despoticado á sus anchas contra España, contra el Papa y contra las llamadas *potencias europeas*,—así se espresó M. Allen,—no faltaron palabras en el sentido de la corriente general de paz que latía en el fondo de la opinion.

Así el senador Platt (del Conecticut) dijo que la paz se hubiera mantenido á no ser la intemperancia y el apasionamiento de aquéllos que parecia se complacian en sumir al país en los horrores de la guerra; y añadió que todavia era posible encontrar algun medio de evitarla.

M. Wellington (senador por el Maryland) sostuvo que los Estados Unidos no tenían razon alguna para hacer la guerra á España, y que no se habian agotado aun todos los recursos diplomáticos. Dijo que creia que los cubanos habian tenido razon en rebelarse contra el gobierno español; pero que en tal rebelion nada tenían que ver los Estados Unidos; que aunque España era indudablemente responsable de la situacion de la isla, tampoco habia que cargarla con la responsabilidad de todo, pues la guerra de guerrillas tal como los insurrectos la practicaban era bastante á impulsar el noble orgullo de un pueblo á sofocarla sacrificando vidas y haciendas. Añadió que el Mensaje del presidente Mac-Kinley resultaba mal construido, pues en vez de ser un llamamiento al Congreso para sancionar la guerra, era todo lo contrario, porque el presidente en el fondo de su corazon sentia que la guerra no era necesaria, y que los Estados Unidos serian responsables de que los carlistas derribaran la dinastía reinante en España, la cual era de desear que continuara reinando muchos años. Finalmente, terminó diciendo que no podia creer que España fuera responsable de la voladura del «Maine».

El senador por California M. White pidió al Senado calma y reflexion. España—dijo—ha sido siempre un Estado amigo nuestro, y en vencerlo no habría gloria alguna. Los Estados Unidos son bastante fuertes para lograr el imperio de la justicia. Ni la voladura del «Maine», ni las crueldades de la guerra de Cuba son motivo suficiente para romper las hostilidades mientras no se hayan agota-

do los medios de arreglo. La responsabilidad de la catástrofe del «Maine» no ha sido precisada; para ello despues del informe de la comision era necesaria una investigacion judicial; y esta investigacion era imposible hacerla en América bajo la presion del fuerte apasionamiento que reina sobre este asunto. En fin, la revocacion del bando sobre los reconcentrados quitaba en opinion de M. White, todo pretesto á la intervencion.

Pero estos temperamentos no triunfaron. Las cábalas políticas y el interés de ciertos agiotistas vencieron á la verdadera opinion, que despues ha querido hacerse oír, pero ya tardíamente, como sucede siempre en los Estados demagógicos. Véase lo que decia el *Boston Herald* del dia 18:

«El presidente desea evitar la guerra, si es posible, por medio de un honroso arreglo: primero negociar: despues luchar. La mayoría del Congreso quiere primero la guerra, y luego negociar, si hay lugar á ello. Esta distincion la han visto con toda claridad millones de americanos que en diferentes formas han espresado su opinion favorable á la política del presidente, y han mandado cartas, telegramas y peticiones á Washington protestando contra la política guerrera del Congreso... *El Congreso ha dejado de ser la voz del pueblo americano.* Le ha precipitado á la guerra, si no por un arrebató de pasión, por una lemeraria competencia de los partidos en ver quien podia ir mas allá, olvidando toda prudencia y todo el respeto que se debe á la opinion de la humanidad entera.»

El corresponsal norte-americano del *Daily News* de Londres telegrafió el dia 20 á este periódico, bien poco sospechoso de antipatía á la causa de los Estados Unidos:

«Ahora que se ha perdido toda esperanza de paz aparecen señales de reaccion contra la guerra. Una de ellas es que los diputados y senadores yankees han recibido un diluvio (*floods*) de cartas y telegramas de sus electores protestando contra las resoluciones guerreras. El hecho es que el país no sospechaba que los *gingos* se impusieran á la conducta conciliadora del presidente, y no se dió tiempo á la opinion de protestar contra las últimas resoluciones; pero esta protesta se ha manifestado ahora en tonos nada dudosos. Otra causa de ello ha sido el anuncio de nuevos impuestos que ha hecho comprender al público que alguien habia de pagar la funcion. Además tambien ha contribuido á la reaccion el comprender lo que la guerra podia durar; porque primero se habia hecho creer que todo se reduciria á unas cuantas semanas de ir de triunfo en triunfo, y ahora se ha parado la atencion en los posibles reveses.»

El *American*, de Baltimore, periódico muy reputado, es todavia mas esplicito:

«Los americanos que se respetan—dice—se sienten avergonzados al empezar á comprender la indole de los temperamentos que han llevado la nacion á la guerra. El gobierno se ha visto arrastrado por la furia de ellos, y esto nos advierte de que evidentemente toda fuerza de gobierno debe ser entregada al poder ejecutivo.»

Con esta nota despreciativa y amenazadora concluimos por hoy la cuenta de lo que hay que restar á aquella aparente unanimidad de la opinion americana en pro de la guerra. No hemos hecho mas que anotar lo que nos ha caido bajo los ojos durante unos cuantos dias. ¿Cuál no seria, pues, el resultado de una informacion amplia y metódica hecha sobre el país mismo?

Sabíamos que los politicastos y aventureros yankees habian impuesto la guerra á España; y en esta imposicion estriba hoy nuestra unidad y nuestra fortaleza. Ahora sabemos que tambien la han impuesto á su propio país dividiendo la opinion; y esto puede ser mañana su debilidad y pasado mañana su ruina.

J. MARAGALL.

REVISTA DE PARÍS.

Estamos en plena feria electoral. Los carteles del espectáculo aparecen en todas partes y los actores comienzan á moverse sobre las tablas. Algunas semanas va á durar este tumulto, esta fiebre, esta orgía de todos los colores. Se asegura que los hombres hábiles en pegar carteles sacan veinticinco francos al dia, como los diputados, si bien trabajando algo mas. A los que distribuyen circulares y candidaturas no les sale por menos de ocho á diez francos diarios.

Antes, en los tiempos clásicos, el color del cartel reflejaba generalmente las opiniones del candidato. El rojo señalaba al radical, el almagre al revolucionario feroz, así como el azul indicaba al liberal con ribetes de orleanista y el amarillo al buen conservador burgués. Todo ha cambiado y en la tramoya política se em

28 abril 4 Mayo 98

5263

* Para **Sevilla**, con escalas en **Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz y Huelva**.—Saldrá de este puerto, el día 8, á las diez de la mañana, el vapor español «Torre del Oro», capitán D. José Heredia, admitiendo carga y pasajeros para dichos puntos.
Consignatarios Sres. Busanya y C.^o, Plaza Medinaceli, 1, bajos.

Comercio

LA OPINION AMERICANA.

II Y ÚLTIMO.

71

Los datos que han llegado hasta nosotros en los últimos días sobre el estado de la opinion en los Estados Unidos, confirman plenamente las conclusiones de nuestro artículo anterior, esto es, que los pareceres andan allí muy divididos, y que los mejores, los de mas peso, los que deberian prevalecer en toda nacion bien ordenada, son contrarios á la guerra.

A un periódico inglés le telegrafia su corresponsal en Washington: «Aquí la creencia general es que la guerra será de corta duracion. No hay entusiasmo por ella entre las clases inteligentes y acomodadas de la poblacion, aunque se opina unánimemente que, en lo posible, hay que ayudar al gobierno.»

Pero ni siquiera esa unanimidad condicional ha subsistido cuando ha llegado el caso de demostrarla. Dígalo el hecho de que el 7.º regimiento de Nueva York, compuesto de hijos de las familias mas acomodadas de la ciudad, acordara por 1.063 votos entre 1067 votantes negarse á tomar parte en la guerra.

Era de prever. Ya el 19 de abril el periódico *Mail and Empire*, de Toronto (Canadá), publicó una conferencia del profesor Goldwin Smith, que acababa de regresar de Nueva Jersey y Nueva York, en la cual despues de manifestar que los americanos de las clases superiores, á quienes habia tratado muy de cerca, eran partidarios de una solucion pacífica, añadia: «He permanecido en los Estados Unidos durante los dos últimos meses, y mi decidida impresion es la de que el país va á ser arrastrado á la guerra antes de haberse agotado los recursos diplomáticos y de que España haya ofrecido considerables concesiones: esto será debido á la violencia de los charlatanes del Congreso y á la prensa populachera que se sobrepondrán al buen sentido de la generalidad de la nacion... Temo las consecuencias que esto pueda atraer á la república.»

Mucho mas significativo que esto es todavia un telegrama de Washington del día 27: «Ha producido aquí gran sensacion—dice—una enérgica protesta contra la guerra, suscrita por el profesor Charles Elliot Norton, uno de los americanos cuya opinion es aquí mas respetada.»

Y no son solo las grandes individualidades del pensamiento y del saber las que han alzado la voz y han dado cuerpo y autoridad á la opinion en favor de la paz, sino que los hombres de negocios, los que en una nacion eminentemente industrial como la de los Estados Unidos representan la accion y la fuerza, han tomado tambien una actitud resuelta y han reivindicado su derecho á pesar en la balanza de la política.

«Parece como que se quiere escluir á los hombres de negocios—dice la revista industrial á que ya nos referiamos en nuestro anterior artículo—de intervenir en la cosa pública, á pretexto de que su criterio se halla absorbido por la atencion á sus intereses particulares. No se piensa en que ellos representan por naturaleza la reflexion y la calma; que están acostumbrados á considerar las cuestiones por todos sus lados antes de definir las y juzgarlas; que si abominan de la guerra es porque tienen muy bien pesadas todos sus consecuencias, y que, en virtud de ello, opinan fundadamente que la ruptura con una potencia extranjera, por débil que ésta sea, implica el sacrificio de muchas vidas y haciendas sin que ventaja alguna pueda luego compensarlas.»

Esta actitud del comercio yankee se encuentra ya muy de relieve en el hecho—referido dias atrás por los periódicos—de que consultados algunos miembros de la Cámara de Comercio de Boston por un corresponsal del *New York World* sobre la declaracion de guerra, todos se mostraron contrarios á ella, por lo cual dicho periodista desistió de continuar sus consultas, confesando que el diario

neo-yorkino le había comisionado para reunir y publicar opiniones de importancia en favor de la guerra, y que veía completamente frustrada su comision.

A mayor abundamiento, el secretario de dicha Cámara de Boston dirigió á Washington para que fuera trasmitido al presidente de la república un telegrama en que se daba cuenta del hecho y se escitaba á las demás Corporaciones similares á que se pusieran en guardia contra la prensa interesada en hacer creer en la realidad de un sentimiento bélico que no existia.

Análogo espíritu demostró la Cámara de Comercio de Nueva York en su session del día 7: la Junta Directiva declaró por unanimidad «que solo debe irse á la guerra cuando lo exijan la seguridad y la honra de la república, pues la guerra, cuando no la demanda una necesidad perentoria, es no solo una calamidad, sino tambien un crimen».

No cerraremos esta sucinta informacion sin transcribir unos párrafos muy significativos de la circular que en 24 de marzo la razon social «Wattson and Gibbon» de Nueva York dirigió á sus clientes, mostrando el estado de inquietud y depresion del mercado ante la perspectiva de las complicaciones á que podia dar lugar la cuestion de Cuba; y estendiéndose luego en combatir la idea de una intervencion armada, la juzgaba severamente en estos términos: «Si tomámos los principios de humanidad como fundamento de nuestra accion, es menester que para un fin humanitario empleemos medios tambien humanitarios. ¿Irémos á matar para evitar la muerte? Condenamos á España por la manera como hace en Cuba una guerra que ella no ha buscado y nosotros para impedirselo iremos deliberadamente á promover otra guerra? ¿Sofocaremos una lucha pequeña con otra lucha grande? Nos hemos conmovido ante la miseria de los reconcentrados; pero, ¿quién no recuerda que en nuestra guerra civil 40.000 soldados murieron hacinados en las prisiones del Sud? ¿Quién no recuerda que en los Estados fronterizos, como el de Missouri, las familias eran empujadas éntre filas de soldados, y las mujeres y niños espulsados sin ropas, ni alimentos, ni amparo alguno? ¿Quién no recuerda la destruccion de todos los animales y vegetales y de toda habitación en el valle del Tennessee? ¿Quién no recuerda la devastacion del Shenandoah Valley? ¿Quién no recuerda el *raid* de Shermahn, el incendio de Columbia y las mujeres y niños huyendo de la ruina sin casa ni hogar ni auxilio alguno? No debemos olvidar lo que es la guerra en nuestra casa al pretender que sea suave para los reconcentrados cubanos. ¿Qué será de ellos cuando nosotros llevemos la guerra allí? ¿Mejorará su situacion? ¿Les tratará mejor España al saber que ellos son la causa de la nueva guerra? No creemos que M. Mac-Kinley y el Congreso quieran dejarse impresionar y llevarnos á una guerra sangrienta y devastadora?»

¿Qué mas podriamos decir nosotros?

Creemos que los datos que, sin buscar mucho, hemos fácilmente reunido en estos dos artículos, bastarán á dar una idea del estado de ánimo con que el verdadero pueblo norte-americano ha entrado en la guerra.

Suele decirse que en los siglos pasados las guerras se hacian por los intereses de familia ó las pasiones personales de los Reyes, que prescindian por completo de la opinion y de la conveniencia de sus pueblos; y en este sentido se ha señalado como un gran progreso el advenimiento de los modernos gobiernos populares. Pero se conoce que este progreso no ha llegado aun á toda su perfeccion. Hoy como ayer, la guerra y la paz se hacen prescindiendo de la voluntad de los pueblos. Solo que ayer el que prescindia de ella era un Rey, y hoy es una turba. Nosotros estamos todavía por el Rey.

J. MARAGALL.

REVISTA DE PARÍS.

Febilmente organizadas en el puesto mismo que ocupaba el Concurso hípico, ábrense mañana las dos exposiciones rivales, cada una de las cuales ha hecho todo lo imaginable al intento de atraer á la multitud hacia aquella apartada region parisiense. Ya este *Salon* ha causado una víctima. Un joven artista se ha suicidado porque se le rehusó una obra suya. Su enfermiza susceptibilidad no